



*Todo
un
Espanto*

TODO UN ESPANTO
UNA HISTORIA DE CRUELLA DE VIL

SERENA VALENTINO

LIBROS 

© 2021 Disney Enterprises, Inc.

Todos los derechos reservados

© de la traducción: Marta García Madera, 2021

Publicado en España por Editorial Planeta, S. A., 2021

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: mayo de 2021

ISBN: 978-84-18335-54-9

Depósito legal: B. 5.749-2021

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

CRUELLA DE VIL

Supongo que mi historia podría comenzar aquí mismo, en Hell Hall, donde nacieron de la oscuridad todos mis maravillosos planes, pero preferiría comenzar desde el principio, o lo más cerca posible, para ilustraros sobre las cosas que provocan mi interés. Por supuesto, ya conocéis la historia de esos malditos dálmatas y de sus insípidos dueños, Roger y Anita, y estoy segura de que incluso lanzasteis «vivas» cuando se escaparon de mí, de ese monstruo, de esa «mujer malvada» con el abrigo de pieles. Pero ¿acaso no merezco la oportunidad de contar mi versión de la historia? La verdadera historia. Después de todo, es fabulosa. ¡Mirad con atención! Esta es mi historia. ¡La historia de Cruella De Vil!

Tictac, queridos, viajaremos en el tiempo a la época en la que yo era una niña de once años que vivía en la mansión de

TODO UN ESPANTO

mi familia. Preparaos, preciosidades, que este será un viaje espeluznante.

Mamá, papá y yo vivíamos en una gran casa en Belgrave Square. Era enorme, llamativa y magnífica: un hogar imponente con cuatro gigantescas columnas que soportaban una terraza con vistas a la plaza. Nuestra comunidad estaba protegida, lejos de la chusma de Londres. Vivíamos en la zona correcta de la ciudad, rodeados de muchos parques espaciosos que creaban un mundo que parecía pertenecernos solo a nosotros.

Por supuesto, uno podía encontrarse ocasionalmente con algún sirviente puliendo el latón de los pórticos delanteros, o con una niñera paseando por el parque al hijo chillón de sus señores. También estaban las ancianas que vendían violetas en las esquinas, junto con los niños que vendían periódicos y entregaban mensajes, pero eran casi invisibles, como espectros. Apenas se consideraban personas. Yo los llamaba la «no gente». Para mí, prácticamente eran fantasmas.

Aunque, por supuesto, mis propios criados estaban vivitos y coleando; la mayoría eran como espectros silenciosos que entraban y salían de nuestra vista solo cuando los necesitábamos. No eran *reales* o, en todo caso, a mí no me lo parecían. No eran como mamá y papá. No eran como yo. Algunos de mis sirvientes eran más reales para mí que otros. A esos

Cruella De Vil

siempre los veía, aquellos que no eran sirvientes del todo, sino una mezcla entre criado y familiar; pero ya llegaremos a ellos en el momento adecuado.

Pero, oh, cómo amaba a mamá y papá, y nuestra gran casa en Belgrave Square con sus candelabros de cristal, su fastuoso papel de pared y sus relucientes suelos de madera cubiertos de alfombras exóticas. En cierto sentido, incluso amaba a nuestros sirvientes fantasmales, que se movían de manera silenciosa y sistemática por toda la casa atendiendo cada uno de nuestros caprichos. Siempre presentes y listos para cumplir mis órdenes al sonar una campanilla.

La imagen de nuestra gran casa resplandece en mis recuerdos como una luz que intenta desesperadamente llevarme de regreso allí. Si tan solo pudiera estar una vez más resguardada tras sus muros y vivir mi vida tan gloriosamente como cuando era niña, cuando todo era simple. Hubo tantos días esplendorosos en esa casa. Giran en mi memoria, llegando a marearme por la nostalgia.

Pasaba la mayor parte de los días con la señorita Pricket, mi institutriz, en el salón de clases. Ella guio mi educación desde que tuve edad suficiente para aprender a leer. Me daba clases de francés, acuarela, pintura, bordado, lectura y escritura. La mayor parte de las niñas de mi estatus social recibía su educación de las institutrices. Si hubiera sido varón, me

habrían enviado al internado, donde hubiese aprendido todo tipo de asignaturas, como Mitología Griega, Historia y Matemáticas, pero se suponía que las chicas debían aprender cómo comportarse en una recepción matinal. Cómo portarse como señoritas decentes. Cómo ser anfitrionas de espléndidas fiestas, planear los menús y llevar conversaciones durante la cena. Eso también formó parte de la educación que recibí de mi institutriz, pero ella nunca se negó a mis peticiones cuando yo me interesaba por una asignatura no dirigida a las jovencitas. Por ejemplo, alentó mi entusiasmo por la Geografía y me permitió dedicar el tiempo que quisiera a aprender de las culturas y costumbres de diferentes países, porque conocía mi anhelo desesperado de viajar por el mundo cuando tuviera edad suficiente para emprender tales aventuras. Tengo tantos recuerdos cariñosos de esos tiempos. Sin embargo, mi parte favorita de todos los días era cuando bajaba con la señorita Pricket a la salita matinal para pasar una maravillosa hora con mamá.

Una hora cada día dedicada por completo a mí.

La pasión de mi madre por la ropa exquisita era inquebrantable. Siempre iba hermosamente ataviada con los últimos diseños. Nadie estaba a su altura, ni siquiera yo, y ya sabéis lo despampanante que soy, ¿verdad, queridos? Habéis visto mis fotos en los periódicos. Conocéis mis proezas y mi

Cruella De Vil

implacable devoción por la moda. Pues bien, queridos, mi madre era igual. Llevaba una vida emocionante y glamurosa, y se la merecía. Era la mujer más hermosa y seductora que haya conocido jamás. Una verdadera dama.

Tenía tantas ocupaciones que no estaba *obligada* a tener tiempo para mí, pero me dedicaba una hora cada día, justo después de mis clases con la señorita Pricket. Bajaba la escalera desde el salón de clases a la salita matinal con la imagen de mi madre en mente, y tenía que esforzarme por no bajar corriendo; comportarme como una señorita decente y no gritar deleitada por la emoción de verla. Después de todo, mi salón de clases era un nuevo avance, ya que hasta hacía poco había sido guardería, lo cual significaba que estaba en camino de convertirme en una señorita.

La señorita Pricket siempre estaba junto a mí para cogerme de la mano y asegurarse de que me comportara de manera adecuada. No es que necesitara su guía para saber cómo hacerlo, pero sí requería de su orientación para saber cómo vestirme, ya que aún no había desarrollado la ingeniosa habilidad de mamá para conjuntar bien mi ropa. Todos los días, antes de salir del salón de clases para presentarme ante mamá, mi institutriz se aseguraba de que mi vestimenta fuera impecable. Yo insistía en que fuera perfecta y la señorita Pricket enumeraba cada cosa en suce-

sión a medida que me inspeccionaba para verificar que mi cabello, vestido y moños estuvieran en perfecto orden, ya que sabía que me sentiría mortificada si mi madre notaba algo fuera de lugar. Yo ni siquiera podía imaginar la posibilidad de bajar a la salita matinal sin primero ponerme uno de mis vestidos más bonitos o asegurarme de que mi pelo estuviera peinado en rizos perfectos.

La salita matinal era la habitación preferida de mamá. Era su dominio y estaba decorada de manera exquisita. No era el salón más grande de la casa; era como una de las habitaciones del piso principal reservadas para la familia, pero más pequeña, acogedora y una de las más hermosas. La pared opuesta estaba llena de ventanales junto a un par de puertas dobles que daban a la terraza con vistas a Belgrave Square. Frente a los ventanales había un enorme escritorio de madera donde mi madre respondía su correspondencia y se ocupaba del manejo diario de la casa. A la derecha había una chimenea, cuya repisa estaba decorada con buen gusto con los preciosos tesoros que mis padres habían coleccionado durante sus múltiples viajes por todo el planeta: un par de encantadoras estatuillas de tigre hechas de jade; un pequeño reloj dorado y una estatua de ónix negro de Anubis, el dios egipcio y protector de las tumbas antiguas. Anubis asumía la forma de un perro y siempre imaginé que era el protector de los perros,

Cruella De Vil

hasta que mi padre me corrigió. Por supuesto, sobre la repisa estaban las tarjetas de invitación a cenas y fiestas que adornaban las repisas de los hogares más elegantes. Mamá siempre recibía, como mínimo, tres invitaciones a la semana.

Pintado sobre la chimenea había un gran diseño semicircular en estilo *art déco* que está grabado en mi memoria. Cuando cierro los ojos y pienso en la casa de Belgrave Square, recuerdo esa imagen. Solo quisiera poder describirla con mayor precisión, porque lo que intento retratar no es tanto el diseño como el sentimiento que me evoca cuando pienso en ella. Una sensación de hogar. ¿Cómo se describe la sensación de hogar?

Al lado derecho de la chimenea había unas librerías flanqueadas por dos grandes palmeras en macetas, y unos pasos por delante de ellas había una bandeja giratoria con varias botellas con licores, copas de cóctel y un sifón para agua carbonatada. Frente a la chimenea había un sofá de cuero y, en el lado opuesto, dos sillones de cuero con una mesita redonda entre ambos. Las paredes estaban pintadas de púrpura mate, y decoradas con óleos en ornamentados marcos dorados con retratos de damas y caballeros solemnes. Probablemente eran familiares de mi padre cuyos nombres olvidamos con el paso del tiempo.

Casi todas las visitas a la salita matinal para ver a mi ma-

TODO UN ESPANTO

dre eran iguales, pero cada vez que la veía sentada en el sofá de cuero, esperándome, me robaba el aliento. Ella era tan despampanante. Su atuendo estaba determinado por sus planes para después de nuestra visita en la salita matinal. En general se trataba de una salida por la tarde para tomar el té con sus amigas e ir de compras. En uno de mis recuerdos llevaba un encantador vestido hasta la pantorrilla con un fajín bajo alrededor de la cadera, que era lo que estaba de moda en aquel entonces. Su lápiz de labios era de un color rosado mate para que hiciera juego con su vestido, y contrastaba notablemente con su reluciente pelo negro, que llevaba recogido. Cuando salía por las noches usaba carmín rojo, pero nunca de día. Siempre me decía: «El carmín rojo es para las noches». A veces sigo oyendo en mi mente sus consejos y, cuando eso me pasa, siento como si siguiera siendo una niña.

Una tarde en particular destaca en mi mente. Para ser franca, no sé si este recuerdo es de un día específico o de muchos que se mezclan en mi cabeza. De todas formas, destaca entre los demás. Mi madre descansaba con lánguida indiferencia en el sofá de cuero color café cubierto con una elegante manta roja. En cuanto la vi, quise correr a su lado, pero la señorita Pricket me apretó la mano para recordarme amablemente que actuara como una señorita. En lugar de correr, me quedé de pie, esperando pacientemente a que desviara su

Cruella De Vil

atención del montón de cartas y tarjetas que estaba revisando. Cuando finalmente levantó la vista hacia mí, le mostré mi sonrisa más encantadora.

—Buenas tardes, Cruella, querida —dijo al tiempo que me ofrecía la mejilla para que le diera un beso—. Veo que te has vuelto a poner el vestido rojo.

Me sentí mortificada. Mamá parecía decepcionada conmigo y eso hizo que se me revoliera el estómago.

—Sí, mamá. Pensé que te gustaba este vestido. Me lo dijiste el otro día. Dijiste que estaba bonita con él.

Mi madre suspiró y bajó la carta que estaba leyendo.

—De eso precisamente estoy hablando, querida. Hace solo unos días te lo vi puesto, y has insistido en volver a usarlo cuando sé que tu armario está a punto de explotar de tantos vestidos nuevos como tienes. Una dama nunca debe presentarse con el mismo vestido en dos ocasiones.

Yo me enfurecí con mi institutriz. ¿Cómo había podido permitir que sucediera algo así? ¿Cómo me había dejado usar dos veces el mismo vestido?

—Señorita Pricket, ¿le importaría llamar para que nos traigan el té? Y luego, por favor, sentaos las dos. Me estáis poniendo nerviosa dando vueltas a mi alrededor como un par de pájaros.

—Por supuesto, señora. —La señorita Pricket tiró del cor-

del que colgaba a la izquierda de la repisa de la chimenea y luego se sentó en uno de los sillones de cuero frente al sofá donde mamá y yo nos sentábamos generalmente. Mientras esperábamos nuestro té, mamá siempre me hacía las mismas preguntas y en el mismo orden. Así era siempre. Nunca se saltaba ninguna.

—Querida, ¿estás obedeciendo a la señorita Pricket?

—Claro, mamá.

—Buena niña. ¿Y estás estudiando bien tus lecciones?

—Sí, mamá. Muy bien. Justo ahora estoy leyendo un libro sobre una valiente princesita que puede hablar con los árboles.

—Eso son tonterías y sin importancia. Válgame Dios, hablar con los árboles. Señorita Pricket, ¿qué es esa payasada que está haciéndole leer a mi hija?

—Es uno de los cuentos de aventuras de Cruella, señora. Es del libro que le regaló lord De Vil.

—Ah, ya veo. Bien, pero no permitiré que se estropee la vista por leer hasta altas horas de la noche.

—No, señora. Yo le leo los cuentos antes de dormir.

—Muy bien. Oh, mirad. Ya ha llegado Jackson con el té. —En efecto, el mayordomo había llegado, seguido de cerca por Jean y Pauline, dos de las jóvenes doncellas vestidas con uniformes negros, cofias y delantales blancos. Yo siempre sa-

Cruella De Vil

bía la hora del día en base al color de los uniformes de las sirvientas. Por las mañanas y al inicio de la tarde vestían de rosa, mientras que al final de la tarde y por las noches usaban uniformes negros.

Jackson traía una bandeja con la tetera, tazas y platos, además de postre, azúcar y crema. Era mi juego de té favorito, el que tenía rosas diminutas. Jean traía los sándwiches, bizcochitos y pequeños pasteles blancos con lindas flores rosas, todos colocados artísticamente en una bandeja con múltiples niveles que depositó al lado de mamá. Pauline, a quien mi madre llamaba Paulie, traía una gran gelatina de frambuesa bellamente expuesta sobre una fuente de plata. La gelatina se agitó cuando la puso sobre la mesa.

—¿Qué es esto, Paulie? —preguntó mamá—. ¿Un postre especial de la señora Baddeley?

Paulie me lanzó una sonrisa pícaro mientras contestaba a mi madre.

—Sí, señora. Lo hizo especialmente para la señorita Cruella.

—Bueno, Cruella, entonces será prudente que bajes a la cocina y se lo agradezcas a la señora Baddeley cuando terminemos nuestro té. Fue muy considerado de su parte enviarte la gelatina. Aunque la próxima vez, Paulie, que se la lleven a la guardería. No quiero cosas dulces y pegajosas en la salita matinal.

—Ahora es el salón de clases, mamá —dije en voz baja.

—¿Qué has dicho, amor? Habla más alto. No quiero que actúes como un ratoncito tímido —exclamó al tiempo que se volvía hacia la gelatina como si en cualquier momento fuera a saltar de la mesa y estropear la delicada alfombra.

—Que ahora es el salón de clases y no la guardería —respondí, levantando un poco la voz.

—Sí, por supuesto, querida, pero es un detalle demasiado nimio como para interrumpirme. No deberías hacer esperar a la señora Baddeley. ¿Ya te has acabado tu té?

La señorita Pricket cogió con una mano mi plato lleno de pequeños sándwiches y pastelillos. Con la otra cogió mi taza y lo colocó todo en la bandeja de plata.

—Jean se llevará estos a la cocina, ¿verdad, Jean? Para que la señorita Cruella pueda terminárselos allí.

—Esa es una idea encantadora, señorita Pricket. ¿No te parece, Cruella? De todos modos tengo que salir pronto, querida. No debería llegar tarde a mi reunión con lady Slappton. Si eso sucediera, no hablaría de nada más hasta que algo distrajera su atención. —En ese momento, mamá se volvió hacia el mayordomo—. Jackson, mi abrigo.

—Sí, señora —respondió, y salió de inmediato, con Jean y Pauline detrás de él, y llevándose todo lo relacionado con el té.

Cruella De Vil

—Señorita Cruella, dele un beso a su madre antes de que se vaya —dijo la señorita Pricket, como si necesitara que me convencieran de ello. Pero, en realidad, yo estaba haciendo tiempo, porque quería ver a mi madre con su abrigo de pieles.

—Cruella, puedes seguirme al vestíbulo si quieres, para que me despidas antes de bajar a la cocina.

Mi institutriz me tomó de la mano y salimos hacia el vestíbulo, que era la entrada principal. Era el gran centro de operaciones de nuestra casa. Se podría decir que era el corazón de nuestro hogar. En el centro de la habitación había una mesa circular con un jarrón de flores frescas que se cambiaban a diario. Con frecuencia mi padre ponía su sombrero en esa mesa cuando entraba por la puerta. Por supuesto, su ayuda de cámara lo hacía desaparecer de inmediato para limpiarlo antes de devolverlo a la habitación de papá, donde lo encontraría al día siguiente. A la derecha de la puerta principal estaba nuestro elegante comedor y, a la izquierda, la monumental escalera que llevaba al piso superior, donde había una salita de estar y el salón de baile. Más arriba estaba el piso de nuestros dormitorios, y en el ático se encontraban los cuartos del servicio, apartados de todo. Al pie de la gran escalera estaba la puerta que conducía al sótano, donde se hallaban la cocina y el área de trabajo del servicio. A la derecha, al otro lado de la puerta

principal, estaba la salita matinal, que era el alma de la casa.

Jackson y Jean nos esperaban de pie cerca de la puerta. El mayordomo sostenía el abrigo de pieles de mi madre y Jean su bolso de mano, que brillaba a la luz de las primeras horas de la tarde. Después de que Jackson ayudara a mamá a ponerse el abrigo, ella me dio unos golpecitos en la cabeza.

—Pórtate como una buena niña, Cruella. Y no te hartes de dulces sin importar cuánto te insista la señora Baddeley. Adiós, querida mía. No llegaré para la cena. —Me lanzó un beso y salió deprisa, con su abrigo de pieles arrastrándose espectacularmente tras ella. Mi madre siempre salía con sus amigos y ocasionalmente no regresaba hasta la noche. Si mi padre estaba fuera o se quedaba tarde en la Cámara de los Lores, a veces mamá no regresaba hasta mucho después de la cena, cuando yo ya estaba dormida.

La mayoría de los días eran así, pero, ay, cómo amaba el tiempo especial que pasaba con mi madre. Una hora todos los días, desde que tenía memoria. Una hora entera dedicada a mí. Era el momento culminante de mi día y un recuerdo que llevo conmigo ahora que estoy en la oscuridad.

Mi tiempo con mamá.

Mi hermosa madre con sus abrigos de pieles, joyas resplandecientes y elegantes vestidos. Mi hermosa madre, que

Cruella De Vil

salía apresuradamente a lugares emocionantes. Era alta, delgada y espigada, con su llamativo pelo negro y ojos de un color café tan oscuro que parecían casi negros. Tenía pómulos altos, con rasgos tan angulosos que cualquier modelo o actriz estaría dispuesta a morir con tal de tenerlos. Siempre estaba bañada en diamantes y envuelta en vestidos deslumbrantes, además de, por supuesto, sus abrigos de pieles. Cuando cierro los ojos todavía puedo verla. Brillante en la oscuridad como una estrella resplandeciente.

Después de mi maravillosa hora con mamá, la señorita Pricket me condujo hacia la cocina para agradecerle a nuestra cocinera, la señora Baddeley, la gelatina. No siempre enviaba una gelatina, pero, cuando lo hacía, mamá insistía en que fuera amable con ella.

Tengo que ser sincera: la señora Baddeley era insufrible. Era una mujer rechoncha con el rostro enrojecido y ojos que parecían sonreír todo el tiempo. A menudo estaba cubierta de harina y mechones de pelo escapaban del moño que llevaba a la altura de la coronilla. Se pasaba el tiempo apartándose el pelo de la cara, con lo que se embadurnaba de harina. Le encantaba hablarme con una vocecita infantil, como si yo siguiera siendo una niña y no toda una señorita, y me preguntaba cosas que francamente no eran de su incumbencia. ¿Por qué debería importarle lo que aprendía en las clases? Mamá

no me agujoneaba con preguntas sobre las asignaturas que estudiaba, así que ¿por qué lo hacía la cocinera?

Mientras bajaba por la escalera, apreté los ojos para obligarme a ser amable con ella y prepararme para su chillona letanía de preguntas en rápida sucesión.

—Oh, Cruella. ¿Cómo está mi niña? —me preguntó en cuanto escuchó el taconeo de mis zapatos por la escalera. Para una mujer de su edad, tenía el oído muy fino. Juraría que lograba escucharme desde que iba bajando del tercer piso y que tendría lista una gelatina para el momento en que llegara al sótano.

—Estoy muy bien, señora Baddeley —recité—. Gracias por la gelatina; es muy bonita.

Su risa era algo áspera, vulgar y estridente. Se ajustaba perfectamente a su apariencia.

—Oh, mi niña, ¡y sabe incluso mejor! Aquí tiene —dijo mientras colocaba una enorme porción sobre la isla al otro lado de donde extendía un poco de masa—. Siéntese, querida. Sé que las gelatinas son sus favoritas.

En realidad las odiaba, pero de algún modo se le había metido en la cabeza que me encantaban, y por esa razón parecía que sus gelatinas me asediarían durante el resto de mi infancia.

Me senté en un banco frente a la mujer y me obligué a tra-

Cruella De Vil

gar el postre mientras la miraba estirar la masa con el rodillo, con una gran sonrisa en el rostro al tiempo que me hacía sus insípidas preguntas.

—¿Le gustaría invitar a unas amigas a tomar el té? ¿Qué le parece si invita a esa dulce niña, Anita? ¡Podemos celebrar toda una fiesta! Puedo prepararles todos sus postres favoritos. ¿A Anita le gustan las tartaletas de limón?

—Sí, le gustan, gracias —respondí entre delicados mordisquitos. Después de todo, mamá me había advertido que no comiera demasiado.

—No puedo creer lo grande que se está haciendo. ¡Pronto cumplirá doce años, señorita Cruella! Le prepararé algo especial, puede darlo por hecho.

En serio, no dejaba de hablar.

—Y no falta mucho tiempo para que vaya a la escuela para señoritas. Solo un par de años. ¿Está emocionada? ¿Nerviosa? Oh, Cruella, le encantará la escuela. Todas esas nuevas amigas y aventuras...

Así siguió durante lo que me pareció una eternidad. Qué impertinente. Como si ella supiera lo que me gustaría o no. Esa señora Baddeley siempre fingía interés en mí. Me distraía. Ni siquiera mi madre me hacía tantas preguntas. ¿Qué le hacía creer a una cocinera que tenía derecho a hacerlas? Pero ¿no son así todas las cocineras que tratan de hacerse

amigas de los niños de la casa? Mamá me había contado historias sobre las cocineras de su familia, cómo le pasaban dulces a escondidas y siempre iniciaban conversaciones inapropiadas. Sé que Anita adoraba a la cocinera de sus tutores y prácticamente la consideraba como una segunda madre. Eso fue algo que nunca entendí. Yo tenía una madre, una madre maravillosa. ¿Por qué iba a querer a una mujer bañada en harina que me agobiaba todo el tiempo? Pero, como es obvio, era amable con ella. Respondía sus preguntas y me mostraba dulce (no tanto como sus odiosas gelatinas, pero sí lo suficiente). Así se espera que se comporte una señorita, por lo que es la forma en que actuaba cuando cumplía con mi deber y bajaba a la cocina a dar las gracias a aquella fastidiosa mujer.

A veces mi madre también bajaba a hablar con la cocinera, para comentar algo sobre una comida excepcional o para darle las gracias por haber impresionado a nuestros invitados. Creo que lo hacía porque temía que pudiera irse a otra casa si de vez en cuando no le hacía cumplidos. Eran tantos los invitados que hablaban de lo buena cocinera que era la señora Baddeley que mi madre estaba segura de que alguien trataría de robársela.

—Ya no es como en los viejos tiempos —solía decir mamá—, cuando los sirvientes estaban obligados a trabajar en una sola

Cruella De Vil

casa toda su vida. Ahora tienen más oportunidades y algunos de ellos incluso saben leer y escribir. Debemos poner de nuestra parte para que sigan siendo leales.

Por esa razón bajaba la escalera con sus rutilantes vestidos, viéndose totalmente fuera de lugar, para dedicarle una sonrisa agradecida a la señora Baddeley y elogiarla como uno haría con un cachorrito ansioso.

Ah, los cachorritos. Pero ya llegaremos a esa parte de la historia.

Así que aprendí de mi madre y bajaba a la cocina para dar las gracias a la señora Baddeley cuando me enviaba una gelatina. Me aseguré de decirle que lo que más me gustaban eran las frambuesas. Alabé exageradamente la forma de la gelatina y le pregunté si podría ver el molde con el que la había hecho, lo cual provocó que la cocinera riera, encantada. Ella sí que parecía una gelatina, sacudiéndose y bamboleándose al reír. Bajó el molde de una estantería alta y me lo mostró. Fingí encontrarlo fascinante.

—Gracias, señora Baddeley. ¿La próxima vez podría usar el molde redondo de Bundt? El que tiene los arbolitos. Ese me encanta.

Francamente no me interesaba la forma que pudiera tener mi gelatina; tuviera la que tuviese, acabaría atragantándome con ella. Pero la petición la hizo reír y aparentemente

llenó de gozo su simple y pequeño corazón, además de que la muy tonta me creyó.

—Lo haré, señorita Cruella. ¡Y con toda seguridad será de frambuesa!

—Gracias, señora Baddeley —contesté mientras pensaba en lo estúpida que era esa mujer.

—¿Cómo fue su visita con su madre? —preguntó con actitud un poco triste. Por alguna razón, se volvió hacia la señorita Pricket en busca de respuesta.

—Estaba tan bella como siempre —dije en voz bien alta para asegurarme de que la respuesta proviniera de mí y no de mi institutriz.

—Estoy segura de que pasaría más tiempo con usted si pudiera, señorita Cruella —dijo la cocinera con las manos cubiertas de harina mientras estiraba la masa de la empanada que preparaba para la cena del servicio. Hizo énfasis en explicarme que la empanada de conejo era la favorita de Jackson y yo traté de no arrugar la nariz. La última vez que había bajado a la cocina estaba preparando algo llamado empanada campesina. Supongo que a las clases bajas les gusta la empanada.

—Pasamos juntas una hora encantadora —dije, sonriendo entre dientes. La señora Baddeley y la señorita Pricket intercambiaron otra mirada.

Era tan rara la forma en que se miraban al hablar de mamá

Cruella De Vil

que decidí que debían de tenerle celos. O sea, ¿qué otra cosa podría ser? ¿Por qué otra razón iban a intercambiar aquellas extrañas miradas? Después de todo, mi madre era una dama, y ellas, simples criadas.

Luego, como si percibiera la posibilidad de que pudiera decirles algo así en voz alta (que nunca lo haría, porque no sería digno de una señorita), la señorita Pricket me tendió la mano para indicarme que era hora de subir. Y menos mal que lo hizo, porque llevábamos horas allí abajo.

—Vamos, señorita Cruella. ¿Le parece bien que subamos y llamemos a la señorita Anita para que la invite a venir mañana a tomar el té?

—¡Oh, sí, señorita Pricket! Me encantaría —respondí, y me bajé del banco para cogerle la mano.

Mientras subía por la escalera de su mano y le sonreía a la señora Baddeley para despedirme, mi corazón se sintió más ligero. Estaba ascendiendo de la oscuridad del calabozo de la cocina hacia un mundo real y lleno de brillante luz.

Arriba había vida y belleza, y ni una mota de harina.

Odiaba visitar el sótano; era oscuro y sofocante, y los sirvientes parecían pálidos fantasmas debido a la poca luz. Pero ¿cómo podían evitarlo cuando estaban encerrados en el sótano durante el día y no pasaban tiempo bajo la luz del sol? Creo que esa es una de las razones por la que no me parecían reales.

Supongo que la señorita Pricket era casi real. No era precisamente una sirvienta, aunque tampoco era parte de la familia. No tenía sus habitaciones en el área del servicio, medida en el ático con el resto de ellos. Comía conmigo si mi familia había salido, o de una bandeja en su cuarto justo al otro lado del pasillo frente a mi dormitorio. La señorita Pricket casi podría ser una dama si se vistiera como tal. Además, era bastante bonita a pesar de su austero vestido de institutriz. Su uniforme la hacía parecer mayor. Eso me confundía cuando era pequeña. Mamá decía que era una solterona, y hasta que tuve edad suficiente no me di cuenta de que en realidad era bastante joven. Tenía los ojos de un verde claro, era pelirroja con pecas en las mejillas y su figura era delgada. Era delicada y frágil como una dama, pero no era una dama.

Era una intermedia.

Cuando la señorita Pricket y yo subimos finalmente de la cocina y llegamos a la entrada de la casa, vi que Jackson, nuestro mayordomo, se acercaba a la puerta para abrirle a alguien. Era alto, de cabello gris y apariencia solemne. Lo rodeaba cierta aura de dignidad y siempre mantenía la ecuanimidad. Administraba la casa como si fuera un gran general en batalla, aunque sin todos los gritos. Nunca gritaba, al menos no cuando se encontraba arriba.

Cruella De Vil

Jackson abrió la puerta y, para mi sorpresa, ¡era mamá! Mi corazón dio un salto y grité de alegría porque no esperaba que regresara tan pronto.

—¡Cruella, por favor! ¡Compórtate como una dama! —me dijo la señorita Pricket, apretándome la mano.

Mamá entró precipitadamente en el vestíbulo como una estrella de cine, mientras su abrigo de pieles revoloteaba alrededor de ella de forma espectacular. La seguían varios criados que cargaban con multitud de paquetes.

—¡Hola, mamá! —dije mientras le ofrecía la mejilla para que me diera un beso.

—¡Hola, Cruella, querida! —respondió, y su mirada se paseó por mi vestido—. Veo que has bajado a agradecerle la gelatina a la señora Baddeley. ¿Acabas de subir de la cocina? Señorita Pricket, mírela. ¿Exactamente cuánto tiempo han pasado allí abajo? ¡Parece como si ella misma hubiera horneado un pastel! ¡No permitiré que una hija mía parezca una simple cocinera!

Bajé la vista a mi vestido y me sentí mortificada. No me había dado cuenta. ¡Gracias a Dios que mamá tuvo la suficiente consideración como para avisarme, y no como esa desgraciada de la señora Baddeley, que había permitido que me paseara por ahí como una tonta cubierta de harina! Probablemente no pensaba que tuviera nada de malo.

—Gracias, mamá. —Me alejé de ella al darme cuenta de la tontería que había cometido al ofrecerle mi mejilla salpicada de harina. Lo último que quería era llenar de harina su hermoso abrigo de pieles.

—Tu padre llegará tarde esta noche, así que iré a cenar con los Slapton antes de ir a la ópera.

—¡Oh! —Sentí que el corazón se me hundía en el pecho—. Pensé que habías cambiado de opinión y que habías decidido cenar en casa.

—No, querida. Solo he venido a cambiarme. Tú puedes tomar tu cena con la señorita Pricket en la guardería. Iré a despedirme de ti antes de salir.

—Es el salón de clases, lady De Vil —le recordó apresuradamente mi institutriz dirigiéndome una mirada—. Ahora es el salón de clases y no la guardería. —Con una sonrisa dirigida a mi madre, añadió—: Por cierto, a la señorita Cruella le está yendo muy bien en sus estudios, señora.

Mamá no respondió. Era como si la señorita Pricket no hubiera hablado. ¿Por qué debería responderle? No se había dirigido específicamente a la institutriz y probablemente no le gustó que la corrigiera alguien que ocupaba un sitio intermedio en la sociedad. Yo no esperaba que mi madre recordara algo tan trivial como el nombre de un saloncito ridículo, aunque yo me sintiera muy orgullosa de pa-

Cruella De Vil

sar mis días en un salón de clases en lugar de en una guardería.

El rostro de la señorita Pricket se ensombreció. Supongo que se sintió molesta al ser ignorada por mi madre, o tal vez la incomodó que mamá se hubiera enfadado por el estado de mi vestido. Sin importar la razón de su cara larga, la intermedia me tomó de la mano y me condujo escalera arriba. Pasamos juntas el resto de la noche, como ocurría siempre, tras lo cual me cambió para ponerme presentable de nuevo. El punto álgido de la noche llegó cuando mamá entró en el salón de clases para despedirse antes de salir para sus planes de la noche, con su brillante vestido resplandeciendo bajo las luces, sus zapatos taconeando sobre el suelo de madera y su enjoyada bolsa colgada del brazo. Se despidió de mí con su voz melodiosa.

—Que tengas una noche encantadora, Cruella. Duerme bien —dijo, y me lanzó un beso desde la distancia—. Si quieres, puedes bajar y verme salir.

Así lo hice, como siempre. Me encantaba ver cuando mamá salía de paseo por las noches. La miraba desde lo alto de la escalera mientras su reluciente vestido se arrastraba detrás de ella hasta llegar al pie de la escalera. Jackson la esperaba sosteniendo su largo abrigo de pieles. Me quedaba sin aliento cuando la veía salir. Era la mujer más glamurosa que haya visto jamás.